EL CHISTE ROMÁNTICO: UNA CARACTERIZACIÓN

Pretender ofrecer en breve espacio una caracterización del chiste con suficientes y escogidos ejemplos de apoyo puede resultar excesivamente comprometido y animoso. Añadir a esa caracterización la previa de referirse a un chiste romántico, y cuando en esta reunión se plantean interrogantes sobre la existencia de una sonrisa romántica, puede parecer desaforado.

Propongo una caracterización, una entre muchas posibles, y teniendo en cuenta que sólo con una muestra significativamente más amplia de la que aquí puede ofrecerse cabría llegar a conclusiones satisfactorias. De tal manera que podría aducir que en el título de este trabajo se ha deslizado una errata y faltan los signos de interrogación en su segunda parte. No es tal, y mi admirado profesor Caldera, a quien agradezco enormemente el haberme invitado a participar entre tan ilustres especialistas, de los que sólo puedo aprender, no tiene responsabilidad alguna en esto que me atrevo a calificar como osadía. Esta aproximación a una caracterización del chiste de una época no pretende ser una aportación a la teoría del chiste, sino un intento de explicación de una manifestación de lo cómico en un momento determinado como el de la literatura romántica, como un paso, muy limitado, para conocer mejor aquel momento literario.

La lectura de libros teóricos fundamentales sobre el humorismo y el chiste [1], por un lado, y, por otro, el estudio de textos de autores románticos y publicaciones periódicas me animan a fundir en esta ponencia ciertos rasgos definitorios del chiste con la actitud que mueve en sus escritos a algunos autores de la época romántica.

El chiste, como dicho u ocurrencia aguda y graciosa [2], y como lo cómico sub-

[1] Ver especialmente SIGMUND FREUD, *El chiste y su relación con lo inconsciente.* Madrid, Alianza Editorial, 1979, 3ª, y, además, ENRIQUE BERGSON, *La risa. Ensayo sobre la significación de lo cómico.* Valencia, Prometeo, s.a., RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA, «Gravedad e importancia del humo rismo», en *Revista de Occidente,* t. XXVIII, núm. LXXXIV, abril-junio 1930, págs. 348-391, EVARISTO ACEVEDO, *Teoría e interpretación del humor español.* Madrid, Editora Nacional, 1966; LUCIE OLBRE- CHTS-TYTECA, Il co*mico del discorso. Un contributo alla teoria generale del comico e del riso.* Milano, Feltrinelli Editore, 1977.

[2] Así define el chiste la Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española.* Madrid, Editorial Espasa-Calpe, 1992, Vigésima primera edición: (De *chistar?)* m. «Dicho u ocurrencia aguda y graciosa // 2. Dicho o historieta muy breve que contiene un juego verbal o conceptual capaz de mover a risa. Muchas veces se presenta ilustrado por un dibujo, y puede consistir sólo en éste. // 3. Suceso gracioso y festivo. // 4. Burla o chanza. *Hacer* CHISTE *de una cosa. //* 5. Difi cultad, obstáculo. *La preparación de esta comida no tiene ningún* CHISTE. // **caer en el chiste.** fr. fig. y fam. Advertir el fin disimulado con que se dice o hace una cosa. // **dar en el chiste,** fr.

jetivo, contiene una serie de cualidades que casan con ciertos propósitos de la literatura romántica. Sin negar la evidencia de que el chiste es de todas las épocas, sin negar tampoco su evolución, pero teniendo presente que el chiste lo es en un momento y en una época, como ha sugerido Evaristo Acevedo [3], sí me gustaría destacar esos caracteres que encuentro enormemente solidarios con la época que nos ocupa en este Congreso. No se trata de ofrecer un repertorio de ejemplos regocijantes hallados en un determinado período, como ya se ha hecho en alguna ocasión [4], sino de buscar una justificación a la proliferación, la variación, la aparición de caracteres novedosos del chiste en un momento concreto y en unos autores destacados en ese momento.

El apareamiento de lo heterogéneo, el contraste de representaciones, el sentido de lo desatinado, junto a su origen e intención populares, son algunos de los caracteres específicos que los teóricos de lo cómico han esbozado sobre el chiste y que aprovecho aquí para orientarlos hacia la época del romanticismo. Por encima de todos ellos se encuentra una cualidad inherente al chiste como es la brevedad y que lo convierte en esa chispa, aislada o intercalada en una narración más amplia, que nos puede permitir establecer unos límites en la consideración de un chiste determinado dentro de su categoría. Para este propósito podría tener sentido rescatar la definición que Jean-Paul Richter, en su libro *Introducción a la estética* de 1804, aportaba para el humor: «El humor es lo cómico romántico.» El apareamiento de lo heterogéneo como cualidad del chiste en todas las épocas viene muy a propósito con la intención de mixtificación que encontramos en las obras románticas y con ese emblema de tal postura que es *El Diablo Mundo* de Espronceda; lo mismo cabe decir de la búsqueda del contraste de representaciones al que han aludido algunos teóricos del humor desde Lipps.

fig. y fam. Dar en el punto de la dificultad; acertar una cosa. // **tener chiste** una cosa. fr. irón. **tener gracia,** resultar algo agradable. // 2. *Amér.* **dar en el chiste.** Según Th. Lipps, *Komik und Humor,* 1898, *apud.,* S. FREUD, *op. cit.,* pág. 8, el chiste es lo cómico subjetivo.

[3] EVARISTO ACEVEDO, *op. cit.,* pág. 83. Ver también Evaristo Acevedo, *Los españolaos y el humor.* Madrid, Editora Nacional, 1972, pág. 141.

[4] Puede verse la antología *Chistes célebres de comedias españolas,* en *La novela teatral,* año V, núm. 175, abril 1920, que ofrece ejemplos tomados del teatro cómico desde el siglo XVII hasta el XX con Antonio Paso, Joaquín Abati o Pedro Muñoz Seca. De la primera mitad del siglo XIX se destacan autores como Bretón de los Herreros, Ramón de Navarrete, Luis Rivera, el Duque de Rivas, Juan Eugenio Hartzenbusch y Zorrilla, que, en conjunto, merecen el siguiente juicio: «Ob servando los chistes de la primera mitad del pasado siglo, vemos que han avanzado un poco en in genio, pero sin que todavía se encuentre en ellos verdadera y positiva gracia. Eso demuestra que el chiste no es tan fácil de decir como a primera vista parece, habiendo necesitado cerca de tres cen turias para que merezca rotundamente el nombre de tal. Lo que hasta entonces se llamó chiste no fue otra cosa que frases más o menos agudas y acertadas, que hoy no tendrían valor ninguno si se escuchasen por vez primera, y que al ser conocidas por nosotros, las envolvemos piadosamente en el respeto debido a sus ilustres autores, sin más consecuencias».

En 1930 Ramón Gómez de la Serna ofrecía una aproximación al fenómeno del humor que hoy puede ser aprovechada aquí para explicarse muchos de los elementos que conforman ideológicamente el romanticismo. Ramón reflexionaba del siguiente modo:

> El humor muestra el doble de toda cosa, la grotesca sombra de los seres con tricornio y lo serio de las sombras grotescas.
> El humor hace pariente de la mentira a la verdad y a la verdad de la mentira.
> [...]
> El humor abaja las alcurnias y hace soportable el hecho de la autoridad.
> Sólo se puede soportar el tinglado de lo social gracias al humor, que desface idealmente lo que es irritante que esté tan hecho, tan uniformado, tan en estrados de entronización.
> [...]
> En el humorismo se falta a esa ley escolar que prohibe sumar cosas heterogéneas y de esa rebeldía saca su mayor provecho»[5].

Partiendo de estos presupuestos, el chiste romántico cabe ser interpretado como un gesto que acompaña la actitud rebelde de un joven romántico, en donde la risa se convierte en mueca ante el mundo y la sociedad. El componente crítico del romántico se traduce en sorna y cuchufleta de lo más serio, y, aplicando presupuestos de Espronceda en *El Diablo Mundo,* testimonio de la mezcla de lo diverso que es enseña del mundo.

El chiste como recurso del humor es o debe ser en el romanticismo una creación especial, que se tiñe con elementos de época, y esos elementos entroncan con la observación minuciosa de la realidad que se extrema en el chiste. Es lo que podemos denominar el chiste costumbrista romántico. Se trata de un chiste que tiende a la concentración o condensación crítica y jocosa de un detalle de la sociedad y de las costumbres. Este chiste prolifera en las revistas románticas, así como en momentos diversos de otros textos de muy variados autores, como Miguel de los Santos Álvarez, al que aludiré más abajo. Para salir de los autores más conocidos, he tomado algunos ejemplos de este chiste de costumbres de *La Linterna Mágica, periódico risueño* de Wenceslao Ayguals de Izco[6], publicado desde enero de 1849 hasta diciembre de 1850.

[5] RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA, art. cit., págs. 352-354.

[6] *La Linterna Mágica, periódico risueño por Don Wenceslao Ayguals de Lzco. Jocosidad, jovialidad, hilaridad.* Madrid, Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco, 1849-1850. 1ª función de 1 de enero de 1849, hasta 24ª de 1 de diciembre de 1850. Ver sobre este autor, los trabajos in cluidos en este volumen de Joaquín Alvarez Barrientos y Antonio Ferraz Martínez.

En la segunda función o segundo número de febrero de 1849 Ayguals incluye una letrilla sobre los pordioseros que introduce con una nota costumbrista chistosa que me parece de interés rescatar aquí parcialmente:

> «No se crea que tratamos de hacer reír a nuestros lectores recordándoles los lastimosos y repugnantes espectáculos que hace poco ofrecían algunos mendigos, haciendo gala, en los sitios más concurridos de Madrid, de sus asquerosas úlceras o miembros mutilados, para excitar la ajena caridad. Tampoco trataremos del afligido mudo que prorrumpe en blasfemias cuando su mudez no le produce la apetecida ganga, ni del que ayer ejercía a las mil maravillas el papel de ciego y hoy el de sordo, y que reconocido por uno de sus favorecedores, repréndele éste en voz muy baja; pero que el sordo oye perfectamente, e irritado por la sospecha responde con enojo: «Caballero, yo estoy sordo y muy sordo... y nada tengo que ver con mi hermano el ciego». Ni queremos hablar del niño importuno y gordinflón que alega no haber comido en veinte y cuatro horas, ni de la desnaturalizada madre que, porque no le dan limosna, coge de los pies la criaturilla que lleva en brazos y la estrella contra la pared, con tal prontitud, que el angelito no tiene tiempo de exhalar un solo gemido... porque es de cartón... [...] Por último, nada diremos tampoco del que, olvidando el papel que representa, comete el siguiente *lapsus lingüe:* «Una limosnita, señor, para este pobre exclaustrado con ocho hijos enfermos, y la pobre mujer de parto»»[7].

En las páginas ideadas por Ayguals de Izco encontramos numerosos ejemplos de chispa cómica, como en el artículo «La desesperación» inserto en el número correspondiente a marzo de 1849, al relatarse la muerte de una dama tras un baile de máscaras:

> «— Imposible parece que sean tan efímeros los goces de esta vida. ¡Bailar la mazurca a media noche y ser cadáver a las pocas horas!
> — ¡Cómo a las pocas horas!... Un momento antes de morir... ¿lo creyeras, amigo? estaba aún viva!» [8].

No en vano, y como apoyo, a este acercamiento a una caracterización costumbrista del chiste durante el romanticismo, el *Semanario Pintoresco Español* citaba entre sus propósitos el de incluir en sus páginas «anécdotas, fragmentos y todo lo que tienda a describir pasiones y caracteres», que formarían parte de secciones como la «Miscelánea» que comienza a aparecer en el número 7 de 15 de mayo de 1836, en donde este tipo de anécdotas y fragmentos se convierten en chistes como los siguientes:

La linterna mágica, 2ª función, 1 febrero 1849, pág. 9ab. *La linterna mágica,* 3ª función, 1 marzo 1849, pág. 22b.

«Usted que sabe tanto de historia, decía un tonto a un célebre académico, podrá decirme qué hizo Mahoma cuando cumplió los treinta años?... — Entró en los treinta y uno, dijo el académico» [9].

Igualmente, y para reforzar estas notas, cabe citar una publicación como el *Teatro social del siglo XIX* [10], que se abría con un lema que cuadra bien con esta intención de reflejo de costumbres de la chispa humorística:

«Casi siempre riendo, pocas veces llorando, corregir las costumbres deleitando»

En sus páginas encontramos reseñas de costumbres muy variadas que se adornan con chistes y ocurrencias graciosas, dentro de un tono de general desenfado. Al comentar el furor de los viajes («El Siglo XIX es el siglo del movimiento continuo», dice Fray Gerundio), inserta un chiste a propósito como el siguiente:

«Salía un hombre ebrio de una taberna (perdonado me sea el ejemplo), y haciendo eses y dando tumbos dio con su cuerpo contra una esquina y exclamó:
«¡Vaya que también es buen gusto, sacar las esquinas al medio de las calles!». Hoy un hombre sin estar ebrio podría decir: «¡Vaya que es capricho del siglo, andar las poblaciones por medio de los caminos!» [11].

La misma publicación se convierte en uno de los ejemplos más claros del chiste ilustrado, con las mismas intenciones que la modalidad que comento [12].

Otra manifestación cómica *consiste* en el chiste como *parodia del* romanticismo y el chiste literario. La maestría de Larra aquí es destacable, al tratar con pluma jocosa innumerables aspectos de crítica literaria.

[9] *Semanario Pintoresco Español,* núm. 10, tomo I, 5 de junio de 1836, pág. 88b.

[10] *Teatro social del siglo XIX, por Fray Gerundio.* Madrid, Establecimiento Tipográfico de D.F. de P. Mellado, 1846. Sobre la publicación de Modesto Lamente puede verse el trabajo aquí in cluido de Pilar Espín Templado, «¿De qué se reían los románticos? El humor de Fray Gerundio».

[1] *Teatro social del siglo XIX,* cit., pág. 113, tomo II (Función 23, 20 de junio 1846).

[12] Ver sobre este aspecto el interesante trabajo de VALERIANO BOZAL, *la ilustración gráfica del XIX en España.* Madrid, Alberto Corazón, editor, 1979.

Quiero destacar aquí la presencia de un gracioso chiste que recuerda Larra en un contexto de sátira literaria, cuando contesta a los ataques a *El Pobrecito Hablador.*

> «Sabe decir su merced que *gustara acaso Persio si escribiera solo,* añade que también Juvenal gustara con la misma circunstancia, y concluye diciendo que también otros ciento gustaran si escribieran solos. Me recordó este paso chistoso, capaz de hacer reír a cualquiera, como sin duda se lo ha propuesto el graciosísimo señor don Clemente, el lance aquel de los doscientos gallegos que volvían de la siega y se dejaron robar porque venían solos» [13].

En el mismo lugar, sin ir más lejos, Larra utiliza siempre el chiste como salida definitiva al comentario de alguna necedad literaria que critica. Tal es el caso de su crítica a las rimas mal conseguidas:

> «Sabe don Clemente Díaz hacer versos aconsonantados sin consonante, cosa que no han acertado a conseguir ni ha intentado siquiera ningún poeta ni famoso, ni sin fama, como cuando hace consonar *velas* con *vendaba.* ¡Tan cierto es que sólo al genio le está reservado abrir sendas desconocidas! Esto me trajo a la memoria aquel otro caso tan sabido del juego de prendas, en que se apuraba una letra y era la g; había dicho alguno *guitarra;* a usted le toca ahora, señorita, dijo a la persona siguiente el que llevaba el juego, a lo cual contestó ella con gran prisa y raro tino *violín,* y calló con aquel aire de satisfacción y desembarazo que tiene el que ha salido triunfante de un grande apuro» [14].

El sabor romántico de época del chiste siguiente en el terreno literario es indudable y lo extraigo de una curiosa antología ya tardía, fuera de los años centrales que nos ocupan, pero que muestra el interés que la historieta o el requiebro cómico despiertan en todo momento:

> «Un maquinista de uno de los teatros de esta corte, que la echa de erudito, empleando siempre un lenguaje ampuloso, hablaba con algunos amigos en el café del coliseo.
> — ¡Canario, qué estilo tan florido! ¿Frecuentas la alta sociedad?
> — No; pero leo a Voltaire.
> — Qué Voltaire... Voltaire Tonguet?
> — No. A Voltaire Scott»[15].

[13] MARIANO JOSÉ DE LARRA, *Carta panegírica de Andrés Niporesas a un tal Don Clemente Díaz, gran poeta y literato en contestación a cierta sátira contra el Pobrecito Hablador.* Madrid, Imprenta de Repullés, febrero de 1833, págs. 14-15.

[14] MARIANO JOSÉ DE LARRA, *op. cit.,* págs. 16-17.

[15] *Museo Cómico ó Tesoro de los Chistes. Colección, almacén, depósito, ó lo que ustedes quieran de cuentos, fábulas, chistes, anécdotas, chascarrillos, dichos agudos y obtusos, epi-*

Proliferan, pues, en las publicaciones periódicas románticas chistes sobre literatos, como el publicado en el *Semanario Pintoresco Españolen* abril de 1843:

> «Un literato y una dama disputaban un día en la biblioteca del primero, que era su amante, y se engrescó tanto la disputa, que la señora escogiendo los mayores libros que encontraba a mano se los arrojaba al literato: «Querida, le decía muy tranquilamente, ¿no pudierais poner vuestras caricias en volúmenes más pequeños?»» [16].

El tema de la muerte también se caricaturiza y será objeto de chistes muy variados. Se documentan chistes, algunos probablemente posteriores a los años de mayor florecimiento romántico, que gustan de la recreación de detalles morbosos, mortuorios y de humor negro. En la antología de Manuel del Palacio y Luis Rivera encontramos algunos como los siguientes:

> «Hemos visitado un cementerio, y sobre una tumba vimos una lágrima de piedra como la bala de un cañón. Debajo se leía: —« Juzgad por ésta cómo le lloramos!»» [17]. «Un joven había asesinado a su padre y a su madre, llenando de terror a la comarca. Debía ser sentenciado a la pena de muerte en garrote vil; pero el juez, como de costumbre, le dijo después de haberle tomado declaración:
> — ¿Tiene usted algo más que alegar en su defensa?
> — Sí, señor... Quiero que el tribunal tenga en cuenta que soy un pobre huérfano» [18]. «Pasaba un entierro lujosísimo por la calle de Atocha en dirección al cementerio de San Nicolás. Un pollo se acercó a uno de los acompañantes, y le preguntó con mucha curiosidad:
> — Oiga usted, caballero, ¿quién es el muerto?
> — ¿Que quién es el muerto?

gramas, sentencias, flores y espinas, oportunidades y estravagancias, simplezas de á folio, frases intencionadas, en una palabra, cuanto se pueda inventar para hacer reir. Todo ello compuesto, guisado y aderezado para servírselo al público en una mesa limpia, adornada de pepinillos y aceitunas, o sean grabados, por dos discípulos de Momo á quienes llaman por ahí Manuel del Palacio y Luis Rivera. Madrid, Librería de Miguel Guijarro, Editor, 1863-1864, 2 tomos. La cita en t. I, pág. 174. Similares características contenía la obra de RAFAEL BOIRA, *Libro de cuentos, colección completa de anécdotas, cuentos, gracias, chistes, chascarrillos, dichos agudos, réplicas ingeniosas, pensamientos profundos, sentencias, máximas, sales cómicas, retruécanos, equívocos, símiles, adivinanzas, burlas, sandeces y exageraciones. Almacén de gracias y chistes. Obra capaz de hacer reír a una estatua de piedra.* Madrid, Imprenta de D. Miguel Arcas y Sánchez, 1862 (2ª ed.).

[16] *Semanario Pintoresco Español,* VIII, núm. 14, 2 de abril de 1843, pág. 111.

[17] M. DEL PALACIO y L. RIVERA, *Museo Cómico... t.*1, pág. 18.

[18] M. DEL PALACIO y L. RIVERA, *Museo Cómico... t.*1, pág. 22.

— Sí señor.
— El que va en el ataúd» [19]

La recreación en estos temas y en detalles que han llenado páginas y páginas desde ejemplos bien tempranos, como las *Noches lúgubres* de Cadalso, es especialmente significativa en un texto que puede estar en el límite de la clasificación del chiste por no contemplar esa característica básica de la brevedad y de la concisión, aunque no se trata de un texto llamativamente extenso. Se trata del cuento titulado «Chiss... Chiss...» publicado en el *Semanario Pintoresco Español en* 1836:

«El viejo Pedro Risley ejercía a la vez los empleos de sacristán, sepulturero y marmolista de las tumbas de la magnífica parroquia de Wakefield en el Yorkshire: era un antiguo y muy respetable habitante de aquella villa; vivía ufano con sus diversos empleos, y exento de toda clase de tenores supersticiosos. Si hubiese sido un hombre asustadizo, su dilatada permanencia entre las pacíficas mansiones de los muertos, hubiesen disipado sus temores. En la noche de un sábado de la más triste y sombría estación del año, salió Pedro de su casa para concluir un epitafio de una lápida sepulcral que debía colocarse la madrugada siguiente. Llegado a la iglesia en que, para estar al abrigo de la intemperie había colocado su obrador, deja en el suelo su linterna, enciende una vela que coloca en una patata dispuesta en guisa de candelero, y emprende su trabajo.
Ya hacía algún tiempo que en el reloj de la iglesia habían dado las once, y aún le quedaban por grabar algunas letras, cuando un ruido singular detiene de repente el cincel de nuestro honrado operario, que lleno de sorpresa da una mirada alrededor de sí. No podemos expresar mejor esta especie de ruido que por la palabra *chiss* un poco prolongada. Vuelto en sí de su sorpresa el buen Pedro creyó haberse engañado, con tanto más fundamento cuanto que su sentido auditivo no gozaba de la mayor finura, por lo que volvió a tomar sus herramientas y con la mayor tranquilidad emprendió el trabajo; cuando al cabo de algunos minutos el terrible *chiss* hiere de nuevo su tímpano. Levántase Pedro y después de haber encendido su linterna, busca, pero en vano, la causa de tan extraordinario ruido; hubiera dejado la iglesia, pero el recuerdo de su promesa y la imperiosa necesidad le detuvieron animándole a continuar su trabajo. En aquel momento se oyeron las 12.
No le restaba más que retocar algunas letras, y con la cabeza baja se ocupaba cuidadosamente en esta operación cuando con un silbido mucho más fuerte que los anteriores el *chiss* aterrador hiere por tercera vez su oído.
Ya esta vez experimentó una terrible conmoción; a la duda sucede el temor, a éste el espanto. Había profanado la aurora del domingo, y le mandaba terminar. Tal vez el fatal decreto de su condenación acababa de pronunciarse, tal vez él mismo iba a ser colocado entre aquella hilera de amigos y conocidos que le habían precedido.

M. DEL PALACIO y L. RIVERA, *Museo Cómico... t.*1, pág. 60.

> Ocupado de estos pensamientos se dirige a su casa con paso vacilante, y ocupa el lecho en que su esposa le esperaba; el sueño huye de sus párpados; en vano aquella trata de indagar la causa de su molestia; en vano le prodiga cuantos cuidados pueden esperarse, todo es infructuoso. La mañana siguiente la buen, mujer mira por casualidad al sillón en que su marido habían colgado su peluca, y exclama: «¡Ay Pedro! ¿Qué has hecho para quemar de este modo tu peluca?»«— Esta sola pregunta me ha curado» — exclamó Pedro arrojándose de la cama. Los misteriosos chicheos eran producidos por la peluca de Pedro que al tiempo de bajar éste la cabeza, se abrasaba Este descubrimientc y los pormenores con que Pedro le contaba fueron por mucho tiempo objeto de diversionn de los habitantes de Wakefield»[20].

Miguel de los Santos Álvarez, que hace chistes del título de uno de sus cuentos: («Principio de una historia que hubiera tenido fin si el que la contó la hubiera contado toda»[21]), se recrea igualmente en sacar punta cómica al tema de la muerte, como estudió Salvador García Castañeda en el apartado «Lo macabro como elemento humorístico» en su libro sobre el autor [22]: en «Amor paternal», Miguel de los Santos Álvarez cuenta cómo un verdugo tiene que ajusticiar a su hijo como solución para que no caiga en manos de otro verdugo poco cuidadoso.

En esta modalidad, el chiste potencia su carácter de contraste al combinar la resolución cómica en un contexto, en primera instancia, muy alejado de lo provocante a risa. Se trata también de una especie de desmitificación de un tema como el de la muerte, tan tratado en todas las literaturas y especialmente querido, en aparato y decorados, por los autores románticos. Es llamativa en este sentido la proliferación de burlas, chistes y cuentecillos a propósito del tema mortuorio, bien por la ambientación que recrean algunos ejemplos ya citados, o bien por el comentario de alguna costumbre relacionada con la «costumbre de morirse». Recuérdese aquí a Mesonero Romanos y *El duelo se despide en la iglesia,* o alguna de las notas insertas en el ya citado *Semanario Pintoresco-*.

> «Acaban de aconsejar al Ministerio de Hacienda de Francia que establezca una contribución sobre los ataúdes; he aquí un impuesto del que no se quejarán los consumidores» [23].

Hasta aquí esta breve muestra de ejemplos de ocurrencias graciosas halladas en textos románticos, pocos, los textos y los ejemplos, que ocupan tres actitudes ante el

[20] *Semanario Pintoresco Español,* núm. 13, tomo I, 26 de junio de 1836, pag. 110b.

[21] MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ, *Tentativas literarias. (Cuentos en prosa).* Madrid, Librería y Editorial Rivadeneyra, s.a., pág. 247.

[22] SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA, *Miguel de los Santos Álvarez (1818-1892). Romanticismo y poesía*. Madrid, SGEL (Clásicos y Modernos, 5), 1979, págs. 138-142.

[23] *Semanario Pintoresco Español,* núm. 7, tomo I,15 de mayo de 1836, pág. 64a.

hecho humorístico, la puramente costumbrista — todo chiste contiene este afán, acentuado y singular en la época que nos ocupa —; la de crítica literaria y la última citada, que nos acerca al humor negro, prueba de imaginería romántica. Más espacio en otra ocasión puede dedicarse a establecer variantes específicas de algunas de estas modalidades y a estudiar otras actitudes dentro de la sátira política, el tema sexual, etc.

MIGUEL ÁNGEL LAMA
Universidad de Extremadura